

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA



**Dagfin,
el pallnador**

por
MARCELA ALBANI
PAUL WEGENER
Y
PAUL RICHTER
50 Cts.



MAY, Joe

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

Teléfono 4423 A

BARCELONA

Dagfin, el patinador

(DAGFIN, DER SCHNEESCHUHLÄUFER)
lirrigante novela, interpretada

por

Marcela Albani, Paul Wegener y Paul Richter

• • •

Exclusiva de

LEMIC, S. A.

• • •

Mallorca, 236 - Barcelona

1924

Dagfin, el patinador

Argumento de la película

Almas de Oriente, enérgicas, duras, como talladas en diamante! Al lado de las almas occidentales, más ligeras, más esclavas de sus pasiones, destaca su fortaleza de granito. Y se las ve crecer, agigantarse, por el dolor del sacrificio. ¡Almas de Oriente, poseedoras del poder de los faquires para dominar a la fiera que llevan dentro!

Las cumbres de los Alpes, vestidas con el armiño de la nieve, hundían sus crestas en las nubes.

En aquellas alturas, dos seres vivían sólo para el amor y en su dulce egoísmo creían que

Revisado
por la censura gubernativa

el mundo se había hundido a sus pies. Pero allá lejos, el mundo hundido, la comedia humana, "fuerzas y hombres", seguía desarrollando sus escenas monótonas.

Eran aquellos enamorados Gerardo Dagfin, un estudiante de Berlín que, para poder continuar sus estudios, se había hecho guía "patinador" de aquellas soledades, y Laura Boyesen, una joven huérfana, rica y libre, que, de vez en cuando, gustaba bañar su alma en la pura atmósfera de las cimas.

—¡Qué dichosa soy en estos momentos, Gerardo!—decía ella contemplando el blanco paisaje.

—¡Y yo, Laura de mi vida!

—¡Y pensar que sólo hace unas semanas la punzada del desengaño me hacía considerarme la mujer más desgraciada del mundo!

—¿Es cierto eso? ¡Oh! habla, cuenta ese secreto que ahora veo asomar a tus labios.

Se conocían hacía poco tiempo, pero ya el amor les unía. Y ella habló recordando con melancolía su pasado.

—En mi orfandad, en mi libertad, Alberto Stein era para mí algo más que mi prometido... Era mi mentor, mi único amigo... Yo conocía su vida licenciosa, sus excursiones, no siempre correctas, por el campo del placer... Pero le quería y le disculpaba... Un día, sin

embargo, su cinismo fué inaudito. Trató de convencerme de que aceptase los galanteos de un amigo suyo, inmensamente rico, que sufragaba todos sus gastos... Entonces sentí asco y vergüenza... y fui de Berlín para sumergirme en estas soledades...

—¡Mi pobre Laura!—murmuró Dagfin con emoción.—Dios se apiade de ese miserable y de mí si algún día se cruza en mi camino!

Efermaton el descenso hacia el hotel. Gozaban de la serenidad apacible de una tarde suave. Los paisajes de nieve eran cada vez más bellos.

Cerca de aquellos parajes corría el tren hacia la estación enclavada entre montañas. En uno de los vagones viajaban dos hombres que habían sostenido durante el trayecto una larga conversación.

Era uno Ahmet Salih Bey, el conquistador inmensamente rico a quien Laura se refería. Hombre entero, moldeado en la fragua de Oriente, amaba y deseaba; pero sobre sus pasiones desencadenadas sabía poner la máscara glacial de su impassibilidad.

El otro era su amigo Alberto Stein, el que fué prometido de Laura, un reptil perverso y dañino en el que se compendaban agrandados todos los vicios, todos los defectos de la civilización occidental.

—Puede usted ir abriendo la cartera para recompensarme espléndidamente, Excelencia—decía Alberto.—Yo le prometo que Laura será su esposa.

—Si lo consigues no quedarás descontento de mí.

El tren entró en agujas y poco después descendían los dos personajes.

Mientras Dagfin y Laura llegaban al hotel. El guía seguía murmurando maldiciones contra el exprometido de su novia.

—El día que le encuentre...

—¡Oh, olvida esos pensamientos sombríos, hazlo por mí! A esas infancias sólo se responde con el desprecio—le aconsejaba ella.

En aquellas cumbres bravías se levantaba un oasis de confort y refinamiento: El Hotel de la Montaña.

Dagfin se despidió de Laura y ella se dirigió a su cuarto a descansar de la larga excursión.

En el hotel vivía Lidia Gain, una "niña bien", un poco deportista, un poco sentimental, para quien la vida era un camino llano, sin guijarros, ni abrojos.

Algún tiempo atrás en Berlín, tuvo Lidia un "flirt" con Gerardo Dagfin...

Aquella tarde le vió desde una ventana cuando él dejaba a Laura, y a la vista del ga-

lán despertáronse en su alma dormidos recuerdos.

Llamó a un criado y ordenó que fuera a advertir a Dagfin. El empleado se dirigió al patinador y le dijo:

—Señor Dagfin, la señorita Gain le espera en la sala de música.

—¿A mí? ¿Lidia en el hotel? ¿Qué extraño!

Se dirigió al contiguo salón y sonrió cordialmente ante la linda berlinesa.

—¡Oh, querida Lidia... quién iba a pensar en encontrarte aquí!

—¿Dónde has estado metido, Gerardo? ¿Yo buscándote por todo Berlín, mientras tú te ensanchabas los pulmones en estas alturas!

—Ya sabes que no soy rico, Lidia... Necesitaba ganar dinero para seguir mis estudios en la primavera y he aceptado aquí una plaza de guía.

—Pero tus deberes te dejarán algunos ratos libres, ¿verdad? Mañana patinaremos juntos.

—Verás... mañana...

Y se acordó de que tenía una cita con Laura.

—¿Acaso tienes ya compromiso para mañana?—le dijo Lidia.

—Es que...

—¡Ah!, ¿es esa señorita de quien te acabas de despedir, sin duda?

Y puso un mohín de celos en la boquita roja.

—Lidia, no te enojés... Comprende...

Lidia sonrió y agregó:

—Es lo mismo, Gerardo... No soy exigente... Patinaremos pasado mañana.

Y agregó con una delicadeza de mujer de sociedad:

—...y mañana puedes consagrarte por entero a la dama de tus pensamientos.

Le tendió la mano con cordialidad quedando los mejores amigos del mundo.

Después Lidia se encerró en su habitación y volvió a leer una carta que había recibido el día anterior.

Querido hijo: He sabido que estás en el hotel Gerardo Dagfin, el hombre que tanto te interesa, y por ello te felicito. Uno de estos días iré a hacerte una visita. Quiero conocer personalmente a ese caballero que se ha apoderado de tu corazón.

Mil besos y abrazos de tu padre

RICARDO

¡Qué bueno era papá! Y pensó que sería inmensamente feliz si Gerardo Dagfin se interesara por ella.

Fué extendiéndose la noche sobre las montañas, y los picos altivos tomaron vaga apariencia de fantasmas.

Antes de cenar, Laura dijo a su doncella:

—Me voy a dar un pequeño paseo con el señor Dagfin.

Y bajó el hall.

En aquellos momentos, el poderoso Ahmet Sabi Bey y sus acompañantes llegaban al Hotel de la Montaña.

Además de Alberto Stein, iba con Sabi Bey, Garrón, su secretario, su ayuda de cámara, su esclavo. Para Garrón, su señor era su dios; la devoción humilde y servil que le inspiraba era sólo comparable a la que el perro siente por su amo.

Vieron bajar a Laura y el oriental la contempló con una larga mirada de devoción. Alberto tembló al verla y decidido se dirigió hacia ella. Laura le contempló sorprendida, pero sin miedo, dispuesta a rechazar a aquel hombre cuya conducta le causaba repulsión.

—Deseo hablarte en seguida—dijo Alberto.

Y puso en sus palabras tal diapason de energía, de imperio despótico, que ella le atajó:

—Te ruego que no llames la atención; si quieres hablarme, sígueme.

Y noble y decidida, dispuesta a romper de una vez para siempre todos los propósitos de

aquel hombre, se adelantó y salió del hotel. En la puerta vió a Gerardo Dagfin que la esperaba para realizar un paseo nocturno.

—¡Oh! Dagfin—le dijo, temblorosa.—Ahora no puedo pasear contigo. Alberto Stein acaba de llegar, con la esperanza, tal vez, de seguir ejerciendo su influencia sobre mí. Y yo quiero desengañarle para siempre.

—Permíteme hablar con ese hombre.

—¡Ahora, ni una palabra!... Déjame que yo hable primero con él... Que sepa qué es lo que viene a buscar aquí.

Alejóse de su amigo y no tardó en seguirla Alberto Stein, quien emparejando con la muchacha se perdió con ella en el camino oscuro.

Dagfin sonrió con melancolía contemplando a aquel malvado. ¿Por qué no le había permitido Laura castigar al insolente? Luego cogió sus skis y marchó hacia otro lugar de la montaña, descoso de distraerse en arriesgados ejercicios nocturnos.

Alberto comenzó a hablar, pero ella le dijo:

—No quiero aquí explicaciones; bajemos hasta el puente... Allí no nos estorbará nadie.

Anduvieron largo trecho hasta llegar junto a un puente. Ya en él, Alberto pretendió con brutalidad reanudar sus antiguas relaciones.

—¡No... no!... ¡Eso nunca! Estás perdiendo el tiempo.

—¿De modo que te obstinas en romper toda clase de relaciones conmigo?

—Exacto. Tienes una gran penetración—dijo ella con ironía.

—Al menos permíteme que sea tu amigo... tu consejero como lo he sido hasta ahora.

—Me abrumas con tanta generosidad, Alberto... Sólo que yo soy muy ingrata y tu amistad no me interesa lo más mínimo.

—Digas lo que digas, yo soy tu único amigo y tengo el deber de velar por ti.

—No te canses...

Pero Alberto seguía exaltándose, poniendo en sus palabras un fuego que no lograba prender en el alma de ella.

—Sé razonable, Laura... Tú sabes que voy a hablarte de Sahi Bey... De su amor por ti.

—¡Oh, calla!

—Está locamente enamorado de ti. Si se lo pidieses, pondría a tus pies todas las riquezas de la tierra y hasta las estrellas del cielo.

—¿Y es posible que hables tú así, que me aconsejes eso? ¡Tú que juraste amarme, un día?

—Ya que no supiste hacer mi felicidad, quiero que hagas la de mi amigo—dijo él con cinismo.

—¡Pues, no, nunca!

—Te niegas por llevarme la contraria... En

cambio a ese jovencuelo con el que hablabas en la puerta no le haces al parecer tantos ascos...

—Sí, es cierto. ¡Y antes me casaré con él aunque tuviera que morir de hambre, que



...yo soy tu único amigo y tengo el deber de velar por ti.

compartir con su Excelencia Sabi Bey todas las riquezas del mundo!

—Eso será si yo lo consiento—rugió—. Ya sé que no tengo ningún derecho sobre ti, pero

soy lo bastante audaz para hacerme obedecer.

—¿Obedecerte? ¡Mal me conoces!

—¡Lo mando yo!...

Gritaban, disputaban... y en el silencio de la noche se extendía el eco de sus voces. El viento parecía ulular acompañándoles en su desacuerdo.

Una hora más tarde, Laura Boysen se encontraba de regreso en la habitación de su hotel.

Llamaron a la puerta y apareció un criado, quien, inclinándose, dijo:

—Su Excelencia Sabi Bey pregunta si será bien recibida su visita...

No tuvo tiempo de protestar, de indicar que se sentía fatigada y no quería recibir a nadie. Un hombre, el propio Sabi Bey avanzaba con paso lento por la estancia.

Era un sujeto de mediana edad, con la mirada melancólica de las razas orientales. Con voz que parecía temblar de respeto y emoción, dijo:

—Señorita, le extrañará a usted verme aquí...

Laura le miró con rabia...

—De ningún modo—repuso—. Sé quién es usted. Conozco perfectamente sus relaciones

comerciales con mi exnovio y nada me extraña en usted ni en él.

Una sombra triste se ahondó en los ojos del oriental.

—Tiene usted derecho a interpretar mal mis sentimientos, señorita... Pero al hacerlo se equivoca usted.

—No lo creo...

—Alberto Stein nunca ha sido para mí más que un instrumento útil, y al mismo tiempo indeseable.

—Me basta con saber su conducta.

—¡Oh, señorita!... Usted sabe que la amo desde hace tiempo... La he visto ya algunas veces en Berlín... Mi amor es respetuoso, tímido... Mi único afán, mi único anhelo es conquistar honradamente a usted.

Ella le miró con extrañeza. ¡Alma misteriosa! Había en sus palabras una sinceridad bondadosa. Pero respondió no olvidando que Sabi Bey se valía para conquistar su amor de un hombre de tan bajo sentido moral como Alberto:

—Para ello, Excelencia, emplea usted procedimientos... poco europeos.

—Señorita, cuando amamos de veras, todos somos en el fondo, un poco asiáticos.

Ella, envolviendo al oriental en la luz azul

de sus ojos, le dijo, después de un rato de meditación:

—Usted me brinda su amistad, lealmente, al parecer... La acepto, pero a condición de que obligue a marcharse a Alberto Stein, a ese hombre...

—Yo le prometo que cumpliré sus deseos, señorita Laura—dijo él, solemnemente.

Mientras tanto había ocurrido un suceso de importancia trascendental. Dagfin, el patinador, al regresar de vuelta de su paseo, había cruzado el puente deteniéndose horrorizado por el espectáculo que se presentó ante sus ojos.

Alberto Stein yacía allí mismo, bañado en un charco de sangre. Una herida en la nuca, causada seguramente con una pistola, había acabado con su vida.

Corrió a comunicar al dueño del hotel el sensacional descubrimiento.

Advirtiéndose por teléfono al juez de instrucción del distrito y se comentó extensamente quién podía haber dado muerte a Stein. De pronto, mientras Dagfin estaba de nuevo en el puente, alguien comunicó al director que había visto una hora antes a Alberto disputar con la señorita Laura, y la más atroz sospecha se pintó en el semblante de todos.

¿Sería acaso aquella mujer? ¿Un crimen

por celos? En el acto se averiguaría la verdad. El director ordenó se comunicara a Laura que se presentara ante él.

Se hallaban aún hablando Laura y Sali Bey cuando entró en la habitación un camarero y dijo a la joven:

—Señorita, el señor Director le ruega que se presente en su despacho.

—¿A esta hora? Ya iré mañana...

—Creo que se trata de un asunto grave y en estos casos el señor Director tiene facultades de autoridad.

Sorprendida por el tono con que la hablaban, Laura se dispuso a seguir al camarero. ¿Qué podía ocurrir?

—¿Me permite usted que la acompañe, señorita Laura?—dijo Sali Bey.

—...Como usted guste...

—Gracias...

Hablaba atónada, temiendo algo anormal...

El director la hizo sentar en un sillón de su despacho. Estaban varios empleados del hotel y todos contemplaban con gran severidad a la joven.

—¿Qué sucede? ¿Qué quiere usted de mí?—preguntó Laura.

El director, mirándola con ojos duros, contestó:

—Usted sabe que el señor Alberto Stein llegó esta noche, ¿verdad, señorita?

Laura se tornó livida...

—Sí... pero...

—Hace poco más de una hora que estuvo usted hablando con él aquí cerca, junto al puente... y sostuvo una violenta disputa...

—Bien... ¿y quién le autoriza...?—protestó.

—Señorita, acaban de encontrar al señor Stein muerto de un tiro en el mismo puente.

—¿Muerto?

Laura se horrorizó.

—¡Oh, usted me engaña... esto no puede ser!—protestó.

—Hace una hora aproximadamente que el guía Dagfin encontró el cadáver.

No pudiendo resistir la emoción, Laura dobló la cabeza y sintió que sus fuerzas la abandonaban. Sabi Bey se apresuró a auxiliarla prodigándola con lentitud palabras de consuelo.

—¡Pobre señorita!... Comprendo su impresión. ¿Quién podía pensar?

Laura pareció reponerse poco a poco...

—Y, ¿qué tengo yo que ver con ese asunto?

—dijo al fin.

—¡Oh! eso lo dirá el señor juez de instrucción. Usted es la última persona con la que ha estado hablando el señor Stein... Le su-

pliqué, pues, señorita, que no se mueva de aquí hasta la llegada del juez...

Una profunda desesperación se apoderó de Laura mientras Sabi Bey murmuraba a su oído dulces palabras consoladoras.



—Hace poco más de una hora que estuvo usted hablando con él aquí cerca...

—¡Todo se arreglará!... ¡No tema usted!... le decía.

Gerardo Dagfin había regresado al hotel después de cumplir su misión de trasladar

con otros empleados el cadáver de Stein. Quería hablar inmediatamente con Laura. Sospechaba algo terrible. El sabía que Laura y Alberto habían hablado poco antes.

—Necesito hablar con la señorita Laura Boysen—dijo a un mayordomo.

—Es imposible ahora. La está interrogando en su despacho el director del hotel.

—¿Interrogando? ¿Por qué?

—Parece que se la acusa de la muerte del señor Stein.

—¿Oh! lo que yo me temía. ¡Pero esto es una locura, una infamia!

Desesperado, salió del hotel respirando la paz suave de los campos. Una muchacha se acercó a él. Era su amiguita Lidia Gahn, a cuyos oídos llegaron noticias de la tragedia.

—¿Quién habrá podido matar a Stein, Gerardo? ¿Será esa Laura?

—¡Oh!—rugió Dagfin con exaltación.—No digas eso... Pero cuando una mujer tropieza en su camino con una víbora como Stein, ¿qué va a hacer? ¿Ha de resignarse forzosamente a ser su víctima? Yo no sé lo que ha pasado, pero ese miserable tenía bien merecida su muerte.

—Entonces, ¿tú crees que Laura Boysen le ha matado?

—No... no...!—exclamó horrorizado, no

queriendo acusar a la mujer querida.—¡Yo estoy seguro de que no ha sido ella!

Pues, entonces...

—¿Ha sido otro... y ese otro... puede ser cualquiera... yo mismo...!—rugió.

Y poniéndose las manos en la cabeza volvió a entrar en el hotel dejando a Lidia asombrada ante la nerviosidad de su amigo.

El juez de instrucción acababa de llegar e iba a proceder al interrogatorio de Laura.

Cuando Dagfin supo que acusaban a la dulce mujer que era todo su amor, rechazando a unos criados, penetró violentamente en la estancia del director y dirigiéndose al juez, le dijo, fuera de sí:

—Yo he matado a Alberto Stein! ¡Lo he matado yo!

Laura se levantó, asombrada. Sabi Bey le miró con extrañeza... Pero, ¿qué decía aquel hombre?

—Dagfin!—dijo Laura dirigiéndose a él horrorizada.—¿Tú no has hecho esto? ¡No es verdad! ¡No has sido tú!

—¡He sido yo... yo... quien ha matado a ese hombre!—gritaba Dagfin, sacrificándose generosamente para que no fuese acusada la mujer amada.

El juez decretó la prisión de Dagfin, convicto y confeso, quien dejóse conducir a una

habitación del hotel, no sin antes estrechar entre sus brazos lleno de amor a la dulce Laura. Pocas horas después le trasladarían a la cárcel.

Una desesperación inmensa se apoderó de Laura. Creía ver flotar en todo aquello un misterio terrible. Aquel Alberto Stein, que mientras vivió fué el tormento de ella, según causando daño después de muerto.

Sabi Bey con una ternura que parecía imposible en un hombre de tan rudo aspecto como él, acompañó a Laura ya puesta en libertad hasta su habitación.

Alguien espía los pasos de Sabi Bey. Hasta en aquellas soledades, enemigos misteriosos de raza oriental, ocultándose en las tinieblas, seguían los pasos de Su Excelencia.

Laura suplicó con lágrimas en los ojos e invadida de terror:

—¡Excelencia... usted es rico... es poderoso... salve a Gerardo Dagfin... y será eterno mi agradecimiento!

Una sonrisa fría crispó los labios de él.

—Bien. Esta noche, Dagfin estará libre, señorita...

Ella quiso expresarle su gratitud estrechándole la mano. ¡Oh, ese hombre parecía a pesar de todo un ser de dulce bondad!

Salió Sabi Bey, y ya en su cuarto, su criado Garrón le advirtió sobrecoigido:

—Cuidado... Excelencia... enemigos esperar fuera...

Sabi Bey se encogió de hombros:

—Ya lo sé... he visto a Assairán... pero no le temo... Y ahora... escuchame, Garrón... voy a confiarte una misión delicada... Es preciso que Gerardo Dagfin recobre la libertad.

—¡Señor!

—Dagfin está preso en una de las habitaciones del ala izquierda del hotel... Le libertarás... Después te encargarás de mandarlo al extranjero... Muy lejos, lo más lejos posible... y para siempre...

—Excelencia... Hay centinelas aquí abajo... les jugaré la vida...

—¡Haz lo que te mando... y no repliques!

—Cumpliré tu orden, señor...

Y el fiel criado marchó para preparar el plan de fuga... Sabi Bey sonrió... Sí, complacería a Laura poniendo en libertad a aquel hombre... Pero le obligaría a partir muy lejos donde jamás pudiera ser un obstáculo para sus planes de amor.

El oriental amaba con todo el fuego de su raza a aquella alemana de ojos azules. Y suprimía cualquier estorbo,

Poco después, sigilosamente, sin ser visto por nadie, Garrón pasaba por debajo de la puerta donde estaba arrestado Dagfin, una carta, que el joven leyó con gran interés.

"Esta misma noche en un tréce se le trasladará a la prisión. Cuando pase usted por el barranco de la muerte, dé un salto y huya. Abajo le esperarán hombres seguros que le ayudarán a fugarse".

¿Quién sería aquel protector misterioso? pensó el gata. Pero fuera quien fuese, le brindaba la libertad, el goce supremo de sentirse libre. Cumpliría al pie de las letras sus instrucciones.

Y poco después fué conducido en un tréce acompañado de un policía. Y al pasar por el citado barranco, el joven se levantó y de un violento puñetazo hizo perder el sentido a su

guardián e inmediatamente se dejó caer resbalando por la pendiente del barranco hasta el fondo. Allí le esperaban ya dos hombres, cómplices también de Sali Bey.

—Un hombre llamado Ranset—le dijo uno de aquellos individuos—le espera en el extremo Sur del vestisquero de Simón; confíe en él, pues tiene orden de facilitar su fuga.

—Gracias, señores, gracias...

Y Dagfin emprendió rápida marcha hacia el lugar donde le aguardaba el otro protector.

Mientras tanto, allá en el hotel, Sali Bey al cruzar uno de los pasillos, vió a unos hombres que parecían espiarle y aguardaban frente a sus habitaciones.

Sonriendo de modo siniestro, Sali retrocedió lentamente y empujando la puerta de la habitación de Laura entro en la estancia de esa mujer, cerrando tras de sí la llave.

Laura, impaciente, se extrañó al ver llegar de aquel modo inusitado al oriental.

—¿Que sucede?—dijo yendo a su encuentro

—¿Acaso Gerardo?

—Nada, tema por él...

—Pues... entonces, ¿por qué viene usted a esta hora aquí? ¿No comprende?

—Es que me persiguen, señorita... debo ocultarme... permítame usted que lo haga aquí.

Se oyeron pasos en el corredor. Eran los

enemigos de Sabi Bey que se dirigían a las habitaciones del oriental, buscando el rastro de este hombre.

—¿Usted tiene enemigos?—preguntó ella.

—Sí, señorita... esta persecución dura ya hace años...

Laura le miró atemorizada... ¡Siempre aquel hombre rodeado de misterio! Pero accedió a que se ocultase allí queriendo pagarle con este favor su ayuda a Gerardo.

—Un día terminará esta persecución... pero este día terminará con mi vida—dijo el oriental.

Sentóse en uno de los divanes. Y allí permaneció largo tiempo junto a Laura hablándole de diferentes aventuras y leyendas de Oriente, mientras ella nerviosísima sólo pensaba en el instante de recibir noticias de Dagfin.

Y a las cuatro de la madrugada, Sabi Bey no se había aún atrevido a abandonar las habitaciones de Laura.

De pronto llamaron a la habitación; Sabi Bey abrió con precaución la puerta y apareció Garrón, su fiel esclavo.

—Todo listo, Excelencia; todo arreglado—le murmuró al oído.

—Bien...—contestó Sabi Bey, sonriente.

—Yo pedir billetes al conserje para el tren

de Génova que sale a las ocho de la mañana. Pero Excelencia salir a las siete y media para Berlín... Assairán irá a Génova y sabará por no encontrarnos.

—Te has portado como quien eres, Garrón... ¿Y lo de Dagfin?

—Lo de la señorita listo también... El señor Dagfin ser a estas horas completamente libre. Yo haber dicho a Baneel que nos mande noticias...

—¡Bravo... bravo... Garrón!

Y Sabi Bey, con una sonrisa de hombre orgulloso de vivir, adelantóse hacia Laura que oía aquellas palabras en lengua desconocida y le transmitió noticias de Dagfin.

—Dagfin está ya libre, señorita... Ha marchado a Berlín—dijo inclinándose.

—¡Qué bueno es usted! ¡Cuánto le agradezco lo que ha hecho!—exclamó con intensa alegría.—¡Qué contenta estoy!

Sabi Bey y Garrón salieron de la estancia encaminándose hacia su cuarto. Sonreían... Sabían que Dagfin no volvería más...

Infinitamente alegre, llamó Laura luego a su doncella y le dijo:

—Marta, prepara el equipaje. Nos vamos ahora mismo a Berlín.

Descaba partir en seguida, alejarse de aquel

Hotel de la Montaña, de tan penosos recuerdos...

Horas antes, en su cuarto, Lidia había recibido la visita de su padre D. Ricardo, a quien ella suplicó ardientemente:



—¡Qué bueno es usted! Cuánto le agradezco lo que ha hecho!

—¡Papá... papáito... cuánto celebro que hayas venido! ¡Estoy muy triste aquí! ¡Llévame en seguida a casa!

—Pero... ¿y el joven Gerardo?

—¡Oh, papá... si supieras!... ¡Una historia triste!

Y le contó los sucesos de aquella larga noche, la muerte misteriosa de Stein y la propia acusación de Dagfin.



—...prepara el equipaje... nos vamos ahora mismo a Berlín.

—¡Marchemos de aquí, papá! ¡Este ambiente me mata!

Y viendo la desesperación de su hija accedió D. Ricardo y partieron ambos hacia la estación para coger el tren de madrugada.

Mientras tanto el guía Dagfin había encontrado a Ranset en el ventisquero dirigiéndose ambos a tomar el tren de la frontera.

Ya en la estación, Gerardo Dagfin presentó pasaportes con nombre supuesto y las autori-



Desearía partir en seguida...

dades no pusieron impedimento a su marcha.

Y de pronto, al salir del pabellón de policía, topóse con una mujer, con Lidia. El padre de ella acababa de entrar en el pabellón para haber visado su pasaporte.

Los dos jóvenes se miraron con emoción intensísima:

—Dagfin! ¿Te vas?... ¿Y a dónde?—preguntó ella, asombrada de encontrarle allí cuando le creía preso.



Marta, su doncella, procuraba consolarla.

—¡Muy lejos!—respondió con melancolía.—
¡A Nueva Zelanda!... ¡Para no volver nunca más!

—¡Dagfin! Yo estoy segura de que tú no cometiste aquel crimen. ¿Por qué, entonces, sacrificarte así?

Y había en su voz el temblor divino del amor.

Dagfin guardó silencio. Escuchóse la voz de un empleado:

—¡Señores viajeros al tren: Frankfort, Hannover, Hamburgo!

—¡Adiós, Lidia... adiós por siempre!

Y estrechando vigorosamente la mano de aquella buena amiga, subió al convoy en compañía de Ranset, que estaba a unos pasos de distancia.

Marchó el tren que le conduciría hacia un puerto donde embarcaría para allende los mares.

Durante unas horas, el dolor invadió su corazón. El pensamiento de que no volvería a ver nunca más a su querida Laura, le ponía fuera de sí... ¡Ah, estaba seguro de que ella había dado muerte a aquel miserable Alberto Stein, espíritu que desconocía la nobleza! Pero, ¿qué le importaba a Dagfin sacrificarse y acusarse de un crimen que no había cometido, si se trataba de salvar de los horrores de la cárcel a la mujer adorada?

¡Pero al menos si pudiera verla por última vez! ¡Si pudiera recibir un beso de sus labios... el último... y partir después hacia la muerte como un gladiador!

Ranset, fatigado por la jornada, se había

dormido... El tren se detuvo en una estación y escuchóse la voz monótona y acompasada del jefe:

—Hannover, cinco minutos de parada! Transbordo para Berlin!

Una lucecilla se hizo en su imaginación. Pensó que Laura habría vuelto a Berlin no queriendo permanecer en aquel Hotel de la Montaña de tan penosos recuerdos.

Y procurando hacer el menor ruido posible, abandonó el vagón y saltó al otro tren, que marchaba hacia la capital.

No tardó éste en partir y el joven Dagfin sintió en su alma la oleada de la libertad. ¡A Berlin a ver a la mujer amada! Y luego, si era necesario, morir.

Dagfin no había errado en sus cálculos. Laura, que no podía hacerse a la idea de haber perdido para siempre a su Dagfin, recibió la visita del respetuoso oriental.

Ella, que confiaba en el hombre que le había jurado proteger a Dagfin, dijo ansioso:

—¿Tiene usted noticias de él?

—No se inquiete, Laura mía.—dijo.—A estas horas debe estar embarcando para Oceanía.

—¿Está usted seguro?

—Telefonaré a mi casa por si se han recibido ya noticias...

Llamó a su palacio y Garrón le comunicó con voz entrecortada:

—Ranset acaba de telefonar, Excelencia. Dagfin escapado. Tomó tren de Berlín.

Sabi Bey murmuró una maldición. ¡Aquel hombre que él quería bien lejos para que le dejase el campo libre, de nuevo allí!

Avanzó con rostro preocupado hacia Laura.

—¿Cuándo sale el próximo vapor para Oceanía, Excelencia?—preguntó Laura.

—No se sabe aún...

—Quiero ir a unirme en seguida con mi Dagfin—murmuró con pena. En aquel mismo instante le pareció oír voces conocidas, voces de timbre muy amado, en el corredor. Enloquecida de dicha abrió la puerta y cayó en los brazos de un hombre.

—¡Oh, mi Gerardo!

Se besaron locamente, intensamente. Dagfin recogía en las mejillas de Laura las lágrimas de su dolor.

—Me faltó valor para marcharme tan lejos sin verte una vez más... sin despedirme de ti—dijo él.

Entraron en el salón... Sabi Bey contempló furioso a ese rival a quien él había libertado y que ahora surgía de nuevo para martirizarle con su presencia.

Sabi Bey se dirigió hacia ellos y dijo a Laura:

—¡Perdone la interrupción, Laura!... Sólo quiero impedir que la policía tenga que hacer en esta casa. No creo conveniente que reciba usted ahora visitas...

—¿Quién es usted?—protestó Gerardo—¿Cómo se atreve?

Laura, emocionada, les presentó:

—Dagfin, el señor es Sabi Bey... a quien debes tu libertad...

—¿Es usted mi misterioso protector? ¡Gracias, caballero!



—Me faltó valor para marcharme tan lejos sin verte una sola vez más...

Y fué a tenderle la mano que el oriental estrechó con languidez.

—Dagfin—dijo ella, temblorosa—. Has cometido una imprudencia... Debes marcharte ahora mismo... sin pérdida de tiempo... Cada minuto

que estés aquí corres el peligro de ser descubierto.

Sabi Bey parecía razonar... Y propuso con una voz en que no se traslucía ninguna emoción:

—El señor Dagfin puede venir a mi casa; nadie sospechará que esté oculto allí.

—¡Oh, no, yo no quiero marcharme de tu lado, Laura!...

—Haz lo que te dice Su Excelencia... En su casa estarás seguro. Yo iré a verte mañana.

—No vacile usted y venga conmigo—inició el oriental.

Vencido por aquellas muestras de amistad Dagfin se despidió de su novia y se dejó conducir a la suntuosa mansión donde vivía Sabi Bey. Este le miraba con frialdad como si preparase algún proyecto contra él.

Ya en su palacio comieron juntos... Y después de haber saboreado los manjares de una mesa exquisita, Sabi Bey preguntó a su invitado:

—¡Vamos, Dagfin, contésteme usted! Sea usted sincero... Usted está convencido de que Laura mató a Alberto Stein, ¿verdad?

El joven, enloquecido, cubrióse la cabeza con las manos. Sí... sí... En el fondo de su alma existía tal convicción. Pero si él se acusaba era

para que la justicia no tocara con sus manos severas a la débil mujer.

—Su confesión, señor Dagfin, es admirable, es digna de un perfecto caballero... pero... ¿Porqué lo echó todo a rodar presentándose aquí de nuevo?

—Fue la tentación, el deseo de verla por última vez.

—Piense usted que su presencia es como una acusación para esa pobre, algo que sus nervios no podrán resistir... Si usted la vuelve a ver, el sacrificio que hizo usted, será inútil, confesará su culpa; la pregonaará a los cuatro vientos.

Dagfin le escuchaba irritado.

—En sus palabras, señor, veo solamente el deseo de separarme de Laura—dijo.

—Supongamos que sea así. ¿Qué es lo que usted puede ofrecer a esa mujer?

—¡Soy joven y la amo! La ofrezco juventud y amor.

—Yo también la amo!—dijo solemnemente Sabi Bey—Y le doy algo más que amor, le doy mi experiencia. Ella ha depositado su confianza en mí y tengo el deber de protegerla... hasta de la insensatez juvenil de usted...

Disimuladamente tocó un timbre cuyo sonido sólo escuchó el fiel Garrón. Este no tardó

en aparecer en la estancia y Sabi Bey le hizo un signo de inteligencia. El criado habló:

—¡La policía está en casa de la señorita de Laura Boysen, Excelencia!...

—Bien—contestó el oriental, contento de que su criado hubiese interpretado bien lo que él le había ordenado antes.—¿Lo ve usted?—dijo a Dagfin—La primera consecuencia de la irreflexión de su juventud... Laura es capaz de confesar que ella es culpable... si a usted lo detienen. ¡Váyase!

Dagfin reflexionó amargado. ¡Tal vez tenía razón aquel hombre! Para salvar definitivamente a Laura, era preciso escapar. ¡Si lo detienen, Laura, embriagada de amor y de justicia, confesaría toda la verdad!

—Perfectamente—dijo—Me voy al extranjero en el primer tren.

—Garrón, mi criado, le acompañará a usted.

Dagfin se inclinó y salió acompañado de Garrón. Llegaron ante la puerta de salida. El desgraciado muchacho regó al criado:

—Escribiré una carta a Laura... unas líneas... despidiéndome de ella... ¿se la dará usted?

Garrón pareció conmoverse ante el dolor de ese enamorado.

—Tal vez será mejor que Garrón diga la

verdad—confesó—. Usted no poder ver ni escribir a Laura... La señorita Laura ser la prometida de su Excelencia.

—Eh, ¿qué dices?

—Sí, en el Hotel de la Montaña, Excelencia haber pasado una noche en la habitación de la señorita.

—Oh! ¿Qué infamia!—protestó el joven.— ¡Qué horror! ¡Y yo sin sospechar!

—No desesperarse, señor!... Haber muchas mujeres bonitas... usted encontrar pronto otra novia.

—¿Quiero huir... alejarme de este ambiente! ¿Qué asco me produce todo esto!

Llegaron a la estación. Dagfin se despidió del criado y subió a un tren. ¡Qué deseos tenía ahora de verse cuanto antes lejos de su tierra. ¡De nada había servido su sacrificio! ¡Sí... de burla... de ludibrio para que se aprovecharan los demás!

Poco después Garrón llegaba a casa de Sabi Bey y comunicaba a su señor:

Nuestra policía ha visto gente sospechosa en el jardín, Excelencia...

Bien... bien... eso no me preocupa... ¿Y Dagfin?

Todo listo... Excelencia... todo arreglado.

—Perfectamente... Ahora telefona a la señorita Laura. Dile que con las mayores dificultades hemos conseguido facilitarle a Dagfin la fuga... que la policía secreta le seguía los pasos... ¿Me entiendes, Garrón?... Y dile también que yo iré a verla ahora mismo.

—Comprendido, señor...

Y el criado corrió a telefonar a Laura la noticia de la fuga.

Sabi Bey no tardó en presentarse en casa de la mujer que adoraba sobre todas las cosas del mundo. Durante el trayecto tuvo la exi-

dencia de que le vigilaban unos hombres de ojos alargados y amarilla piel.

Laura le recibió con emoción:

—¡Oh, Excelencia! ¿Se encuentra ya Dagfin en seguridad? ¿Cómo ha podido usted facilitarle la fuga?

—¡No ha sido fácil, Laura... pero con buena voluntad todo se consigue!... Y ya ve usted, señorita, que soy un amigo en el que se puede confiar.

Y le explicó a su modo lo que había costado la fuga. Ella lloraba... y Sabi Bey contemplando con ojos codiciosos su cuerpo divino, murmuró:

—¡Oigame usted, Laura!... Usted se va a encontrar ahora muy sola... Yo poseo un castillo en una isla a donde pienso retirarme huyendo de mis perseguidores... y como el señor Dagfin no puede escribir a usted...

—¿Y por qué no?

—¡Usted verá! No se arriesgará a hacerla correr un peligro, sabiendo, como sabe, que está usted vigilada.

—¿Pero es eso cierto?

—Estoy convencido de ello, por eso le propongo lo siguiente... Acompañeme usted, y hospedada en mi casa, esperará la correspondencia que seguramente ha de recibir de Dagfin.

—¡Oh! no, eso sí que no—protestó Laura.

—¡Así confía usted en mí, Laura... así corresponde a mi amistad sincera?

Y acercándose más y más a ella, le envolvió una oleada de carne delicada y olorosa que le electrizó. Arrebatado por momentánea pasión, se lanzó sobre Laura y la besó en la boca, furiosamente, bebiendo como rabioso de sed, el vino rojo de sus labios.

—¡Déjeme... apártese!—rugió la joven, logrando en violento esfuerzo desasirse de él y huir a otro estancia.

Sabi Bey pareció recobrar el dominio de sí mismo... ¡Qué estúpido! ¡Perder en un instante su fría tranquilidad para dejarse arrebatar por las serpientes del veneno amoroso!

Se encaminó hacia la puerta, disgustado contra sí mismo... Pero al hallarse en el pasillo vió a unos hombres de su raza que acechaban, y lleno de terror volvió a entrar en la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Laura que había vuelto al cuarto y se hallaba recostada en unos divanes, enfurecida rugió:

—¡Salga inmediatamente de aquí... salga!

Pero Sabi Bey parecía otro. En sus ojos flotaba la tristeza.

—No puedo salir, señorita, me están acechando fuera para matarme...

—¡Qué disculpa más miserable!... ¿Se figura usted que voy a creerle?

—Tiene usted razón—respondió, entristecido, con voz impregnada de ternura—No soy digno de que me crea usted... perdoneme mi



—¡Salga inmediatamente de aquí... Salga

atrevido de antes. ¡Soy un malvado! ¡Buenas noches!

Saló... Ya en la calle, Sabi Bey dirigió la mirada hacia lo lejos... Todo estaba casi a oscuras... Unas sombras negras se perfilaban

entre la noche... De pronto resplandecieron unos fogonazos... y Sabi Bey experimentó sobre su piel el húmedo contacto de la sangre... Le habían herido...

Cayó... con una mueca de dolor.

Los disparos atrajeron gente, Laura entre ella... Y la desgraciada mujer se dijo horrorizada que aquel extraño Sabi Bey no mentaba, que, efectivamente, hombres criminales acechaban sus pasos para darle muerte... Y unos policías llevaron al oriental a su hogar.

Y mientras tanto, ya en el tren, Dagfin se vio interrumpido por las palabras que le dirigía su único compañero de vagón. Era un señor de mediana edad, fino y simpático.

—¿Es usted el señor Gerardo Dagfin?—le preguntó.

Dagfin tembló...

—No me llamo así ni tengo por qué decirle a usted mi nombre.

—Tranquílcese usted, señor Dagfin... Le doy mi palabra de honor de que no soy de la policía secreta...

—¿Quién es usted entonces? ¿De qué me conoce usted?

—Dispénsame... pero hay ciertos motivos que me impiden, de momento, contestar a su pregunta... Sé perfectamente todo lo que le ha sucedido a usted, señor Dagfin... Sé que le obli-

gan a marcharse al extranjero... que le privan de su hogar... y yo, amigo mío, quiero darle a usted un hogar...

—No puedo comprender...—dijo Dagfin, sorprendido.

—Soy un buen amigo que desea ayudarle... No se marche usted lejos... Yo me dirijo ahora a mis posesiones del Tirol... allá encontrará usted su hogar... lejos de los ruidos de las ciudades... le presentaré como mi sobrino; así como así, estoy muy necesitado de un buen administrador.

Sorprendido por aquella misteriosa protección, Dagfin creyó en ella. En vez de marcharse a Nueva Zelanda, estaría al lado de este buen caballero que quería brindarle su amistad. ¿Era sincera? Pensó que sí. Y al fin y al cabo, vivir ya no le importaba.

Y ambos se hicieron los mejores amigos.

Al día siguiente Laura estuvo en casa de Sabi Bey a enterarse de su salud. El oriental agradeció aquella visita. Por fortuna la bala le había causado únicamente unos rasguños.

—Pero... dígame usted, Excelencia... ¿por qué le persiguen?

—Es muy sencillo, señorita: en otro tiempo cometí un asesinato; ahora debo ser asesinado yo... es la ley del Talión.

—Cuénteme...

Sentía curiosidad por conocer la vida de este hombre, de este ser contradictorio que a veces se portaba con ella como un caballero y otras parecía olvidar su nobleza.

—Fui soldado—explicó—Serví a mi señor, el Sultán, con lealtad, con devoción... Y cuando un día me ordenó suprimir una rebelión, sin vacilar mandé matar al cabecilla, a su familia, a sus amigos... Y sólo un muchacho pudo salvarse de la matanza... Se llamaba Assairán... Y ese Assairán que ha jurado vengar la muerte de los suyos, fué quien me disparó anoche un tiro... En aquella ocasión, Laura, yo no hice más que defender mis ideas, luchar por ellas con la fe de un fanático... Había que matar o morir; preferí matar... Pero luego, al verme en medio de una civilización más dócil, más flexible que la mía, me asaltaron las dudas... ¿Fué justo lo que hice?

Laura, que le escuchaba con vivísima atención, contestó:

—No, Excelencia, no; no hay idea, por grande, por sagrada que sea, que justifique el asesinato.

—Sin embargo, a Gerardo Dagfin lo disculpa usted... le protege...—dijo él lentamente.

—No le disculpo—protestó la joven.—Su

crimen existe... pero yo quiero compartir con él su pecado porque le amo.

Estas palabras hicieron mella en el árabe, que bajó los ojos. Sentía pinchazos tremendos en el alma. ¡No, el amor, no era para



—...yo quiero compartir con él su pecado, porque le amo...

¡E! Aquella criatura seguía adorando a Dagfin...

Ella le miró y agregó conmovida, comprendiendo lo que sucedía en el corazón del desdichado:

—Anoche me dijo usted que quería retirarse a su castillo... hoy, no sólo apruebo su idea, sino que le aconsejo que lo haga.

—¿Para qué?

—Usted debe ir a buscar aquella tranquilidad para curarse, Excelencia... y yo le acompañaré... para esperar en su castillo noticias de Gerardo.

—¿Usted conmigo? ¡Oh! sí... cuanto antes... iremos a mis propiedades.

Y pareció renacer en su alma la llamita de la esperanza.

El misterioso viajero y Dagfin iban en automóvil por las tierras del Tirol. A la derecha del camino extendía un lago su lámina verde y en medio emergía una encantadora isla.

—¿Ve usted esa isla, Dagfin?—preguntó el viajero.—Antes formaba parte de mis posesiones... hace algunos años me la compró un extravagante... un oriental... atacado de "spleen", que edificó en ella su castillo... para no habitarlo nunca.

Poco después llegaron al castillo. Un criado salió a recibirles, el dueño ordenó:

—Prepare para mi sobrino las dos habitaciones del último piso.

Dagfin contempló el magnífico castillo, maravillándose de encontrarse allí. De pronto una voz argentina sonó detrás de él. Volvióse rápidamente y se encontró con Lidia.

—¿Qué haces tú aquí? Esto me parece un sueño—dijo asombrado.—¿Dónde estoy?

Ella reía... reía...

—Estás en casa de mi padre, Gerardo... perdóname si he sido entrometida. Cuando supe tu situación le rogué a papá que te ayudase.

Asombrado por el plan de Lidia, el joven Dagfin saludó a D. Ricardo, agradeciéndole sus bondades. Pero... ¡todo sería inútil! ¡Tenía el alma muerta por el desengaño!

Y pasaron días... Y Lidia que había recurrido a aquella estratagemas para tener junto a sí a Dagfin se confesaba que no adelantaba ni un paso en la conquista de aquel corazón. Iba a su despacho; hablaba con él, pero Dagfin seguía tratándola como a una hermana... nada más.

Y mientras, en la isla tanto tiempo abandonada, renacía la vida. Laura vagaba por la isla como un fantasma y Sabi Bey vivía con la única esperanza de que aquella mujer fuera un día suya.

Una tarde, ella dijo con profunda desesperación:

—¡Hace quince días que estoy en este destierro y todavía no ha llegado ni una sola noticia de Gerardo!

Sabi Bey sonrió amargado. ¡Aquella mujer seguía pensando en el ausente!

—Pero, Laura: quince días no son una eternidad.



...Dagfin seguía tratándola como a una hermana...

—¡No puedo soportar ese sufrimiento, no puedo! ¡Cada día, cada hora sin él son para mí siglos interminables!

Se alejó de allí con tanta pena en el corazón y lágrimas en los ojos, que Sabi Bey comprendió que había perdido la partida.

—Garrón—dijo tristemente a su criado,—

¡Es preciso que encuentres a Gerardo Dagfin!
¡Cueste lo que cueste! ¡Lo quiere ella!



—¡No puedo soportar ese sufrimiento, no puedo!

El criado comprendió. ¡Pobre Sabi Bey!
¿Cómo luchar contra el amor?

Al día siguiente, Laura, más melancólica que nunca, se encontraba en la terraza de la casa. Acercóse el criado Garrón, y le dijo, dándole un chal:

—Manda Excelencia... para que la señorita no tomar frío...

Ella sonrió, bondadosa. ¡Qué bueno era Sabi Bey! ¡Y no poderle amar!

Quedó contemplando el panorama y señaló de pronto un hermoso castillo que se divisaba a lo lejos.

—Es el castillo del señor de Gain—le explicó Garrón.

Este apellido trajo a la memoria de la joven recuerdos dolorosos.

—Gain... ¿tiene este señor una hija llamada Lidia Gain?—dijo, acordándose de que alguna vez Dagfin le había hablado de ella.

—Sí, señorita... el señor de Gain tener una hija encantadora.

No quiso saber más Laura, pero se hizo el propósito de ir al día siguiente a ver a aquella mujer. Tal vez ella supiera el paradero de Dagfin.

Y a la otra mañana, que amaneció borrasca con tendencia a la tempestad, Laura se hizo conducir a casa de los Gain. Entregó su tarjeta y cuando Lidia leyó que su visitante era Laura Boysen, no quiso recibirla.

—Díe que no hay nadie en casa... ¡Nadie!

Laura, profundamente desechada, se volvió a la isla. ¿Dónde podía estar el hombre que era para ella el aire y el sol? ¡Si no podía vivir sin él!

Y mientras ella cruzaba una vereda, pasaba

por una de las avenidas, muy cerca, sin verla, el propio Gerardo Dagfin que venía de dar un paseo a caballo...

Gerardo también estaba triste. Sentía por Lidia un interés y un amor... fraternal, pero, ¡ay, la otra! ¡Si no se hubiera entregado a Sabi Bey!

Garrón descubrió a Dagfin por la avenida y como su amo le había ordenado que le buscara, se enteró por un criado del motivo de su presencia.

Y unas horas después comunicaba a Sabi Bey el resultado de su gestión:

—He tenido mucha suerte, señor... todo listo... todo arreglado... Dagfin ser administrador de las posesiones de Gain.

—¿El, aquí cerca... él?

Y en aquellos momentos el alma de Sabi Bey parecía agigantarse, engrandecerse; el dolor de amor la embellecía con una aureola de martirio. Y él mismo, no pudiendo ser amado, ¿diría a Laura donde estaba Gerardo Dagfin? ¡Oh, era demasiado sacrificio!

Acercóse a Laura que acababa de llegar y le dijo:

—Laura... yo quería decirle...

—¿Qué desea, Excelencia?—preguntó ella tristemente.

Los celos tuvieron aún fuerza para hacer

callar al alma de Sabi Bey. ¡Iba a entregar su propio corazón al enemigo?

—Nada... nada...—murmuró con apagada voz.

Y se alejó de allí para encerrarse en su despacho. Llamó a su fiel criado y le dijo:

—Me falta valor, Garrón... ¿Comprendes que no puedo hablar? Si se lo digo... la pierdo... la pierdo para siempre. ¡Y no quiero quedarme sin ella... no podría vivir! ¡Necesito la luz de sus ojos, la música de sus palabras... aunque sean palabras de maldición!

—No excitarse, no excitarse, Excelencia siempre ha hecho su voluntad... todo lo que ha hecho ser bueno...

—¡Yo, yo he hecho cosas buenas? ¡Yo creo que no... que he sido malo!

Y arrojó sillas y papeles al suelo en la excitación violentísima de sus nervios.

¡Perder a Laura! Y perderla era darla la felicidad que de otro modo jamás ella obtendría. ¡Al corazón no se le manda... y ella... desgraciadamente, no amaba a Sabi Bey!

Y el oriental enloquecía de rabia, queriendo renunciar... sacrificarse... morir.

El escondite de Sabi Bey no había sido mucho tiempo un secreto para sus enemigos, que ahora vigilaban por los alrededores de su finca.

En el castillo de los Gain se encontraban aquella tarde en la terraza D. Ricardo, Lidia y Dagfin. La joven parecía muy preocupada. Iba comprendiendo que no adelantaba poco ni mucho en el corazón de Dagfin, siempre pensando en la otra.

—Lidia... encuentro hoy algo raro en ti... ¿qué tienes?—le preguntó el joven.

—¡Bah!... ¿qué puede importarle a nadie lo que yo tenga?... ¡Si hay que sufrir, sufriré yo a solas!

La tormenta estalló de pronto. El agua desencadenó su furia azotando despiadadamente la naturaleza.

Corrieron a refugiarse en la casa, y Lidia se encerró en su habitación. Un cuarto de

hora después, un criado dijo a Gaín y a Dagfin:



—...encuentra hoy algo raro en ti... ¿qué tienes?

—Hay un señor fuera... solicita entrar hasta que pase la tormenta...

En el acto le brindaron hospitalidad. Era un hombre de raza oriental que dijo con delicada suavidad:

—Perdonen ustedes si molesto a hora tan avanzada... Mi nombre es Assurán.

Era efectivamente Assurán, quien, mientras espiaba y se disponía a ir a la finca de Sabí Bey, había sido sorprendido por la tempestad.

Pero alguien, Garrón, que seguía vigilando, había visto que Assurán entraba en casa de los Gaín. Y corrió a comunicar a su amo tal noticia.

—¡Assurán en aquella finca!—murmuró Sabí Bey.—¡No podía venir con mayor oportunidad! Voy a escribir una carta y la entregaré a escape a la señorita Laura.

Escribió unos renglones y se los entregó a Garrón, para que inmediatamente se los diese a Laura, y partió en una lancha. Desafiaba la lluvia y parecía dispuesto a tomar una determinación radical.

Garrón entregó a Laura la carta que ella abrió con extrañeza:

"Voy a la finca de los Gaín. Sígueme usted. Allí encontrará a Gerardo Dagfin."

Sabí Bey."

La muchacha dió un grito de espanto y desafiando también la tempestad, partió hacia el vecino castillo, seguida de Garrón...

Sabí Bey había llegado poco antes al castillo de Gaim. Un criado le hizo entrar en la estancia donde estaban Gerardo, Assairán y Don Ricardo...

—Señores—dijo Sabí Bey, sonriente—, perdonenme que les moleste a esta hora, pero confío en que mi visita no les será del todo desagradable.

Y sonrió a Gerardo y a Assairán... El primero sintió palpar por él todo su odio, y el último sonrió siniestramente viéndole por fin a su alcance. La mano de ese miserable acarició de pronto su bolsillo. Sabí Bey le detuvo con un gesto.

—Le queda tiempo, señor Assairán... no tengo el propósito de escaparme... Antes permítame usted saborear una copa de buen vino.

Todos estaban aterrados... ¿Qué se proponía aquel hombre? Sabí Bey, sonriente, echó unos polvos de color blanco en una copa de vino que Dagfin le entregara.

—Es para mi jaquera—dijo sonriente—, una enfermedad que adquirí cuando estuve en su país, señor Assairán...

Assairán le miraba con ojos de odio. Tenía descos de matarle allí mismo! Dagfin se preguntaba por qué habría venido aquel hombre allí...

—Gerardo Dagfin—murmuró Sabí Bey, te-

niendo en las manos la copa que le temblaba y bebiendo todo su contenido de un sorbo—, escúcheme usted bien... ni usted... ni Laura... mataron a Alberto Stein...

Dagfin abrió enormemente los ojos. ¿Qué iba a confesar aquel hombre?

Con voz entrecortada, como si sufriese mucho, prosiguió Sabí Bey:

—Aquella noche... al lado del puente... Laura se había marchado y yo disputé... con aquel miserable... Disparé contra él... le dejé muerto... Era para mí un estorbo...

Un suspiro de alivio pasó por el corazón de Dagfin. ¡Por fin... la inocencia de ella y la suya propia resplandecerían!

Y tú...—siguió diciendo el árabe—tú... Assairán... ya me has perseguido bastante tiempo, víbora... pero no cantarás victoria... tu víctima se te escapa de las manos... ¡me he envenenado!... ¡Voy a morir! Gerardo... ella es digna de ti! ¡Te ama... mucho... siempre!

No pudo hablar más. Assairán, furioso, porque se le escapaba la venganza, sacó un revólver. Pero no pudo usarlo. Sabí Bey levantóse, dió unas piruetas trágicas y cayó muerto.

¡Había sacrificado su vida en aras del ajeno amor!

En aquel instante entraron Laura y Garrón. Ella dió un grito de horror al ver aquel cua-

dro trágico y fué a abrazarse a Gerardo Dagfin, al que por fin recuperaba.

Assairán pretendió huir, pero Garrón, al ver muerto a su amo, quiso vengarle. Miró al terrible Assairán, lanzóse contra él, y su puñal puso para siempre fin a la vida del malvado.

Gerardo estrechó contra su corazón a la mujer ya reconquistada, y Garrón, sonriente y cumplida su venganza, dijo:

—¡No llorar, señorita Laura! ¡Excelencia tener paz ahora... ser dichosa! ¡Por eso Garrón no llorar aunque le sangre el corazón... reír... reír siempre!

Ella nada dijo y mirando a Gerardo recogió en sus ojos toda la luz de su inmenso amor.

Salieron los dos... Irian lejos... lejos... El señor Gaim estaba anonadado, silencioso.

¡Cuando su hija se enterara!

Pasó el tiempo... Lidia renunció a su amor imposible y ahora en el fondo de aquel cáliz de amargura, encontraba el manantial de la resignación... Entraría en un convento.

Y Laura y Gerardo se unieron para siempre en el éxtasis de su divino amor.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

La finísima novela:

TILLIE, LA TRABAJADORA

por MARION DAVIES y MATT MOORE

Gran éxito en las selectas Ediciones Esenciales de
La Novela Semanal Cinematográfica

EL CAPITAN SORRELL

Esplendido reparto: Una de las películas
más bellas presentadas hasta la fecha

Sublime amor de padre.

Recomendamos con gran interés que ninguno de nues-
tros lectores se quede sin esta maravilla.

GRAN ÉXITO del tomo 12 de la
BIBLIOTECA NUESTRO CORAZÓN
con la novela cubana

MARIA-LUISA

por Manuel Reinhart Sotomayor

CHANG es la mejor novela
de aventuras — —

EXCLUSIVA DE VENTA
SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

Barbará, 16 - BARCELONA
Pérez, 21, y Caños, 1 duplicado - MADRID



EB.